

Madrid, un mes. 1,50
Provincias, trimestres. . . 6,00
Extranjero y Ultramar,
año. 60,00

Número suelto del día, 5 cént.
Idem atrasado, 50 ídem.

AÑO VIII

El Eco Nacional

DIARIO POLITICO

MADRID.—Domingo 14 de Julio de 1889

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, en la Redacción y Administración, calle de la Biblioteca, núm. 9, bajo izquierda, dirigiéndose exclusivamente al Director propietario D. Guillermo Auñan.
En provincias, en las principales librerías.
En París Jouaust et Sigaux editores.

Núm. 2.570

Estocada de muerte.

Si el débil y maltrecho gobierno del Sr. Sagasta necesitaba para agotar sus últimos alientos otra vigorosa acometida del gigante de la palabra, del más vigoroso atleta parlamentario que ha conocido nuestro país, la recibió ayer cumplida, formidable, de esas que bastan a derribar una situación, aunque ésta no fuera tan cuarteada y bamboleana como la actual.

El discurso del Sr. Martos fue una estocada al corazón, una lluvia de fuego griego, un asalto en toda regla, que no deja lugar a la esperanza ni a la concentración, puesto que lleva aparejada la muerte.

La última contestación del Sr. Sagasta había sido una provocación, un ataque personal. Descendiendo del terreno de las doctrinas, en el cual se mueve torpe y difícilmente el jefe del gobierno, había éste apelado a todos los recursos de su travesura proverbial para herir, molestar y hasta humillar a su ilustre adversario. Se aceptó el combate en su propio terreno y son las armas de su elección.

Pero existía una diferencia enorme; pues mientras el expresidente del Congreso presentaba una actitud siempre correcta, una conducta siempre intachable, contra la cual se estrellan los dardos de la injuria o la calumnia, lo mismo que las frases envenenadas de un artero maquiavelismo; el Sr. Sagasta ofrece a la alta crítica infinidad de puntos vulnerables, que con su habilidad, ingenio y perspicacia incomparables, el Sr. Martos supo aprovechar.

Nuestros lectores hallarán en otro lugar el discurso íntegro de nuestro insigne amigo y podrán juzgar por sus propios ojos si quedó en pie alguna afirmación, o si refutar alguno de los gratuitos cargos que el Sr. Sagasta había acumulado. Jamás un hombre público había quedado bajo el peso de tamañas acusaciones, ni el prestigio de un jefe de gobierno tan quebrantado, deshecho como el del Sr. Sagasta después de la correctísima e intencionada oración del Sr. Martos.

Tal vez, en su afán de vivir, el presidente del Consejo y sus satélites habían creído que la batalla había terminado y que sólo les restaba la preocupación de curarse las heridas recibidas en la presente campaña. Todo fue una ilusión; pues la maza de Hércules volvió a caer sobre sus cabezas, inexorable, causando a la situación y al que la preside nuevas y más profundas heridas, de que no se restablecerá.

Bien lo dijo el Sr. Martos al terminar, asegurando que en Octubre regirá los destinos de la nación un nuevo gobierno. No se necesita ser profeta; el Sr. Sagasta que no ha podido sincerarse de la falta de respeto a las instituciones, publicando sus confidencias; ni de haber organizado el atropello contra la Cámara; ni de las responsabilidades análogas a la presente en otras ocasiones que ha sido gobierno; ni de tantas otras acusaciones que sobre él han caído una tras otra, no le queda más remedio que dejar su puesto y retirarse a llorar sus voluntarias desventuras en la soledad y el ostracismo.

Pero el Sr. Martos necesitaba algo más que inutilizar a su adversario; era preciso que desvaneciera las reticencias y veladas insinuaciones que, a falta de recursos más sólidos, se le habían dirigido. Debía responder a las imprudentes y parciales revelaciones con que se ofendía la dignidad y el pundonor de una personalidad que excedía de una manera incommensurable la de su oboecado rival, que tales armas empleaba en el paroxismo de la desesperación, y esta tarea llenó una parte considerable del discurso que nuestros lectores tendrán ocasión de saborear y aplaudir.

El defecto capital del Sr. Sagasta, consiste sin duda en la falta de sentido para juzgar y medir hombres de la talla del Sr. Martos. Tomándole como uno de tantos que se prestan a ser instrumentos ciegos de sus caprichos, que arroja con desdén después de haberlos utilizado; creyó que podía hacer lo mismo con el hombre que aportaba a la situación un candal de talento, de prestigio y de fuerza moral, que equivalían a la fuerza y prestigio de todo el partido junto con su presidente a la cabeza.

Por eso le ha sucedido al Sr. Sagasta lo que le ha sucedido. Lo más lamentable es que no lo haya comprendido hasta que los accidentes de la lucha le han hecho comprender que es un pigmeo al lado del hombre a quien no ha tenido reparo en humillar y ofender, cuando debía mirarlo como mira el obscuro viajero las pirámides de Egipto o los monumentos del arte, que él no es capaz siquiera de comprender ni de admirar.

Pero si lo ha comprendido, es ya tarde. El gabinete está herido de muerte, la situación está desprestigiada, el Sr. Sagasta ha descendido de las cumbres alturas al humilde rango del más vulgar mortal. Por más que se envuelva en la púrpura del César, no advierte que está rasgado, que se descubre a través de sus girones al político inconsciente, casista, imprevisto, que no está a la altura de su misión.

El tiempo dirá si ha acertado o no el señor Martos al dar por muerta la situación que pretendía locamente dejar envuelto a nuestro más eminente orador en un manto de ignominia.

DISCURSO RECTIFICACION

PRONUNCIADO EN EL DEBATE POLITICO DEL CONGRESO

POR EL

Excmo. Sr. D. Cristino Martos

en la sesión de ayer 13 Julio 1889.

Señores diputados, no pienso pronunciar un discurso, porque ni lo requiere, a mi parecer, el estado actual del debate, ni apenas lo permite el tono empleado en su discurso último por el señor presidente del Consejo de ministros, al cual tengo deseo de replicar con la brevedad posible, porque no gusto de pisar los caminos que S. S. prefiere ordinariamente, y no le he de acompañar en su propósito, a menos que S. S. muestre un empeño absoluto de rebajar este debate, y de dar a la que es una discusión sobre un acto grave de gobierno, sobre un hecho constitucional y de prerrogativa, el carácter y el sentido y el significado de meras cuestiones personales.

Porque aquí, señores diputados, sucede, y lo acredita el último discurso del señor presidente del Consejo de ministros, que cuando su señoría afirma un hecho que todo el mundo le rectifica, le contradice y le desmiente, el señor Sagasta mantiene ese hecho mismo en la forma anterior a su rectificación, ó le reproduce en otra forma distinta, ó trae hechos nuevos al debate, desconocidos para todo el mundo, excepto para el mismo señor presidente del Consejo de ministros, el cual no discurrió sobre ninguno de los puntos de derecho político y de derecho constitucional que tuve la honra de examinar en mi discurso, ni ha podido sustraerse a aquellas manifestaciones hechas por los oradores de esta Cámara, de oposición y ministeriales, y por varios señores ministros, de las cuales resultaba el acuerdo del Consejo de ministros para que se cometiera una irreverencia, un desacato y un atentado en pleno Parlamento. Dice, sin embargo, el Sr. Sagasta, que tal desacato no es más que una ofensa y un agravio a mi sola persona, y eso yo lo rechazo absolutamente y no puedo permitirlo; porque como apreciación, lícitos son al Sr. Sagasta todos los errores; pero lo que es como indicación de que esto era sólo un atentado contra mí porque yo personalmente lo merecía, y que cuando una persona como yo ocupa un sitio como aquél, no se ultraja el sitio cuando se ultraja la persona, esa podría ser una apreciación de tal calidad, que yo absolutamente se la rechazo a S. S.

Pero hay algo, Sres. Diputados, más grave que esto. Yo expuse honrada y lealmente aquellos motivos en cuya virtud tomé la actitud, origen de todo lo que después aconteció; yo desde hace dos años, no en estos días, no en estos meses, como dice el señor presidente del Consejo de ministros, con su sistema de inexactitud; hace dos años venía llamando la atención del Sr. Sagasta acerca de la necesidad de que el partido liberal se ocupase en examinar la calidad y la fuerza de la opinión, que pedía reformas en el orden económico y rebajas en los impuestos, porque el partido liberal no podía entenderse de esa corriente de opinión; porque no era cosa que, pasando y pasando el tiempo, el partido liberal saliese del poder sin dejar a esas clases tan respetables, como que constituyen la mayoría de la Nación, como que unos representan la producción y otros el trabajo, sin solución y sin esperanza; y así, no es exacto, al contrario resulta incompatible con toda verdad, que estas fuesen opiniones mías nuevas; resulta que el señor Presidente del Consejo lo sabía y lo sabe, y por tanto, no le era lícito decir lo contrario de aquello que no podía menos de constarle.

Por si acaso, yo apelo nuevamente al testimonio de diputados importantes de esta Cámara, porque ya con el Sr. Sagasta es preciso hablar provisto de testigos. Al propio tiempo que llamaba la atención de S. S., y que no ocultaba a nadie, y los señores diputados lo saben, los temores que para el porvenir me infundía ese estado de la opinión en el orden económico, se lo llamaba también a ministros amigos míos, se lo decía al Sr. Puigcerver, el cual, con el patriotismo que acostumbra, me dijo: «Puede ser que usted tenga razón; yo no lo examino ni lo discuto; lo que digo es, que no me permiten mis antecedentes ni mis convicciones ser yo quien penetre en ciertas cuestiones, ni quien como ministro inicie ciertas determinaciones; pero como quiero servir al señor Sagasta y no dañarle, silenciosamente, sin ruido, sin protesta, sin debate, me iré del Ministerio de Hacienda.» Y el Sr. Moret, con quien hablé en esos ó parecidos términos dos ó tres veces entonces, hace dos años ó año y medio, me dijo: «Yo no tengo las intransigencias que nuestro amigo el Sr. Puigcerver; tengo convicciones tan arraigadas como las suyas; pero yo soy ante todo hombre político, y dentro de los términos que me permitan mis antecedentes estoy dispuesto a examinar estas cuestiones y a contribuir a un arreglo, a una conciliación.»

Es esto, Sr. Sagasta, haber improvisado una actitud, pensando en la que podía convenirme para no sé qué propósitos vengativos que el

Sr. Sagasta me atribuye, poniendo en lugar de la verdad sus propios pensamientos y sus tristes cavilaciones, supuesto que ha afirmado aquí que este era el móvil de mi conducta, con lo cual decía, no tan solo que este era un pretexto en mí, sino que era un pretexto tomado contra todos mis antecedentes? Primer hecho respecto al cual resulta contradicho por la realidad lo que el Sr. Sagasta afirma.

Señores Diputados, llegó un día en que, lejos de ese gobierno la corriente iniciada en el presupuesto de 1888 á 89, es decir, en el que hoy rige, no demostró ni hizo la menor indicación de que se propusiera seguir por el camino del alivio de las contribuciones; y así como esto determinó en el Sr. Gamazo la resolución de tomar en este asunto una actitud contraria al gobierno y a la mayoría, lo cual era su derecho, porque todo el mundo ha declarado libre esas cuestiones, y aun cuando no lo hubiera declarado lo son ellas por su propia naturaleza, así determinó en mí otra necesidad, otra conveniencia. Ya la he explicado cien veces, pero no sirve nada de esto contra el Sr. Sagasta. Así, esos motivos determinaron en mí la convicción de que era preciso que acompañásemos al Sr. Gamazo todos los que tuviéramos las creencias que S. S. y la convicción de que era necesario que eso no representara una disidencia en el partido liberal, sino una opinión en el partido liberal en sus grupos diversos, que no apareciera una disidencia en la derecha, sino una expresión de opiniones de la derecha, de la izquierda y del centro.

Luego, como he manifestado también, aunque tan inútilmente como todo el resto de lo que he dicho, yo no aproximé hombres, yo acerqué fuerzas; yo no quise que el sufragio universal naciera aislado y combatido, en hostilidad con las reformas militares, que ese era el estado de las cosas, y en hostilidad con las economías, que ese era también el estado de las cosas; yo no quise tampoco que la corriente representada en el orden económico por el señor Gamazo, y la representada en el orden militar por el Sr. Cassola, aparecieran ante la Cámara y ante el país como divorciadas y enemigas; yo no quise mantener ese estado que pudo crear y creó la imprudencia del señor presidente del Consejo de ministros, que como no ve en las cosas, en los actos del gobierno y en ideas, más que argumentos para su retórica en el punto y hora que los necesita, no ve tampoco el peligro que esto envuelve, no ve que equivale a colocar a la cabeza del gobierno un sofista en lugar de un hombre de Estado, yo dije: el Sr. Sagasta pone al Sr. Gamazo enfrente del Sr. Cassola, y se queda muy contento, y no sabe que lo que hace en realidad es poner a los agricultores y a los trabajadores del campo enfrente de los jefes y de los oficiales del ejército, lo cual constituye un grandísimo peligro. (Rumores.)

Si, ¿qué significa si no, decir el señor presidente del Consejo de ministros: hay que escoger, ó ejército ó economías? Pues ejército y economías; dos fuerzas que su señoría divorció y que yo aproximaba y eran aproximables en interés del partido liberal y en interés de toda buena política, haciendo yo lo que el presidente del Consejo de ministros no hacía; haciendo lo contrario: procurando la unión, la conciliación y la armonía, donde su señoría, por necesidades del debate, buscaba el divorcio y la hostilidad; basando la acción de la política en el amor, en lugar de basarla, y sobre todo desde las esferas del gobierno, en el odio.

Yo tenía estos altos pensamientos; yo tenía esas miras patrióticas; yo me ocupaba de esas cuestiones, como acabo de explicar, honradamente. ¿Qué derecho tenía, después de eso, el señor presidente del Consejo de ministros a penetrar en mi conciencia, sin pedirme permiso para hacer tan incómoda visita, y a poner sus recelos en lugar de la verdad? Si S. S. tiene la desgracia y la tristeza de pensar así y de buscar así la explicación de la conducta de los demás, ¿qué derecho tiene a examinar y a explicar así mi conciencia, tomándola por la de S. S.? (El señor presidente del Consejo de ministros: ¡Jamás semejante cosa!) Si; porque cuando se piensa mal de todos, cuando se ponen los propios pensamientos desoladores y pesimistas en lugar de actos que explican sencillamente las cosas, el que hace esto pone en lugar de los actos ajenos el propio pensamiento y la conciencia propia.)

Pero hay más: S. S. empleó unas reticencias intolerables: permitame S. S. y el Congreso que diga que yo no permito esta clase de reticencias; el Sr. Sagasta dijo que había cosas que costaba mucho trabajo y mucha paciencia oír; enhorabuena; y que más paciencia se necesitaba, necesitaba él, para dejar de decir otras cosas. Yo le excitó desde aquí a que las dijese; S. S. no las dijo; algo dijo que después contestaré; pero entre tanto llamo su propia atención acerca de este sistema inadmisiblemente que S. S. quiere adoptar conmigo, porque según el Código, hay calumnia encubierta y calumnia expresa; la calumnia expresa allá se examina, allá se discute, se prueba ó no se prueba; pero la calumnia encubierta, calumnia que tiene detrás de reticencias vagas, malignas y oscuras, esa puede significar todo; contra esa no hay defensa. Diga todo cuanto tenga que decir S. S. que yo, enemigo de rebajar de esta manera los debates, estoy determinado, con pena, pero determinado a decir todo aquello que sea preciso para que esta discusión tenga los conceptos y el carácter y la

altura que se acomoden a los gustos, a las aficiones, a las preferencias y quizás a los medios de S. S.

El señor presidente del Consejo de ministros, que tiene delante de sí hechos que examinar, cosas que discutir con relación a mi conducta, declaró que desde hace algunos meses estaba yo disgustado con el gobierno. No, eso no es exacto; yo estaba disgustado, quejoso personalmente de S. S. con motivo del hecho a que S. S. se refirió, y que examinaré si es preciso, porque aunque no me parece materia propia y digna del Parlamento, lo discutiré con S. S. y con cualquiera. Con esa falta de respeto que viene distinguiendo ahora los atrevimientos, los desvanecimientos dijera mejor de S. S., dijo que yo había llevado mis quejas a sitio donde no se debían oír, y lo dijo porque yo se lo había contado. Si fuera cierto que yo se lo hubiera contado, resultaría que no se puede hablar con el Sr. Sagasta; pero yo dije únicamente al Sr. Sagasta, cumpliendo con un deber que había hablado con S. M. Yo con S. M. la Reina no tengo nunca el atrevimiento irreverente de las iniciativas, no tengo la honra de hablar de otras cosas sino de aquellas que su augusta bondad permite, y no vengo a contarlas por calles y plazas, ni se las refiero con inexactitud a los periódicos en cambio de alabanzas, ni caigo ni he de caer jamás en tales irreverencias; con lo cual, y por no traer ni llevar más el nombre de la Reina, ni aun siquiera con todos los respetos debidos, no digo más sobre esto, y queda contestado, manteniendo cuanto dije yo, cuanto dijo el Sr. Cánovas del Castillo, cuanto dijo el Sr. Romero Robledo respecto al delito de lesa majestad, que si en efecto se ha llevado a los tribunales, como parece, ha de resultar que lo ha cometido un periódico ó que lo ha cometido el Sr. Sagasta.

Ya se ve que S. S. creyó que necesitaba justificar el acto que se cometió contra mí, tratándome, hasta donde podía, en términos semejantes a aquellos en que me trataron sus emisarios.

Aunque ya de todo este expediente no resultara probado con evidencia que aquí no hubo más conjura que la de los odios de S. S. contra mí, ni hubo más responsabilidad que la de su señoría, que fué quien mandó a la mayoría que realizase el escándalo de un motín; aunque la mayoría no le obedeció sino en parte muy escasa, porque hombres importantes y numerosos tuvieron la bondad de ir a mi despacho a hacerme toda clase de manifestaciones y de protestas contra el desacato que acaba de tener lugar, y tengo cien testigos de ello; era preciso que el Sr. Sagasta defendiese a sus emisarios, y los ha defendido, acreditando nuevamente que mientras que aquí se oían palabras de paz y de templanza dirigidas a conciliar, del Sr. Moret, del Sr. Montero Ríos, de los señores ministros que han hablado, incluso el señor ministro de Estado, cuyo discurso no es comparable al del señor presidente del Consejo, y eso que al señor ministro de Estado, en el orden de las responsabilidades políticas yo le discutí con toda la energía que me pareció conveniente; el señor presidente del Consejo de ministros es el único que tiene empeño en decir, como prueba de enaltecimiento y de interés y satisfacción: ¡ah! el Sr. Martos quiso caer con estrépito, y con estrépito ha caído. ¡Ya veremos cómo cae S. S. (Risas.) ¡Ya lo veremos! Porque de un presidente del Consejo de ministros que da tales órdenes y de tal manera trata a la Presidencia ¿qué se ha de esperar?

¿Pero por qué no se hizo otra cosa? ¿Por qué no se adoptaron otros procedimientos? ¿Para qué quería el Sr. Sagasta su mayoría parlamentaria? Inútil es preguntárselo a S. S.; porque mientras el Sr. Montero Ríos dice: «yo no me quiero acordar de eso; quisiera que esa fuese una página en blanco»; mientras otros señores ministros, y el propio señor ministro de Estado, atenuan el acto; mientras el Sr. Moret le da una explicación angelical, como suya (Grandes risas), el Sr. Sagasta, ya visteis atener el regocijo con que lo recordaba, y como decía: sí, es verdad; aquí la mayoría (no fué la mayoría), aquí la mayoría trató al Sr. Martos de una manera nunca vista, pero fué porque el Sr. Martos, a su vez, había tenido una conducta nunca vista. (Un señor diputado de la mayoría: Y es verdad; y no traerá precedentes porque no los hay.)

Señores Diputados, si el Sr. Romero Robledo los trajo; si el Sr. Cánovas del Castillo trajo algunos que examinó con esa lógica vigorosa y elocuentísima, bajo la cual quedó postrado el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, sin tener nada que contestar, como no ha contestado todavía, ni contestará, ¿qué necesidad tenía yo de esos antecedentes?

¿Pero, hay esos antecedentes, ó no? Por la lógica del Sr. Presidente del Consejo, no los hay porque él dice que el Presidente del Congreso dió consejos a la mayoría de disciplina y de apoyo al Gobierno, y que luego el Sr. Martos dió el ejemplo contrario a lo que predicaba. Pues qué, el Sr. Martínez de la Rosa, el señor Marqués de Girona, el Sr. Ríos Rosas y el señor Posada Herrera, que fueron Presidentes como yo, ¿no estaban elegidos por la mayoría? ¿no usaron el lenguaje que yo usé, como Presidentes? Lo que sucede es, que vienen momentos en que para apreciar la conducta de los Gobiernos en la resolución de puntos de economía ó de política, que pueden estar ó no previstos en los discursos de los Presidentes

como el Presidente del Congreso no es un Diputado que enajena su libertad y su conciencia a ningún Presidente del Consejo de Ministros, llega un instante en que recobra su libertad y vota con arreglo a su conciencia; y se lo he oído, como lo hicieron otros.

Quiero llamar la atención del Congreso, ya que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros dice que no traigo precedentes porque no los hay, quiero llamar la atención del Congreso sobre algunos de los precedentes que tengo, y voy a escoger los más importantes.

14 de Abril de 1866: ley de imprenta; se abstuvo el Sr. Ríos Rosas.

23 de Abril de 1864: estaba el Sr. Ríos Rosas en la mayoría; se insinuaba aquello que se llama la disidencia, que después tomó cuerpo en personas tan dignas y algunas tan ilustres como D. Manuel Silvela, D. Cristóbal Martín de Herrera y otros; se discutía la ley de amnistía, y se abstuvo de votar, contra la mayoría y el Gobierno, el Sr. Ríos Rosas.

Vino después el art. 5.º de la ley de reuniones, que envió una cuestión grave, de fundamento y de doctrina, y se abstuvo de votar el Sr. Ríos Rosas.

De modo que desde el 23 de Abril de 1864 fué un sistema en el Sr. Ríos Rosas el abstenerse de votar con la mayoría y el gobierno, y por dos veces lo hizo después de esa fecha, habiendo sido elegido por la mayoría como yo; y hablando a la mayoría el lenguaje de los presidentes, se abstenia de votar el Sr. Ríos Rosas, como me abstuve yo. Luego más tarde, en otra época, en 11 de Mayo de 1866, el Sr. Ríos Rosas votó en contra de la mayoría y del gobierno. ¿Sabeis sobre qué recaía la votación? Sobre una propuesta de sesiones dobles. El gobierno necesitaba sesiones dobles, sesiones dobles como las que yo procuré obtener, y no pude, de las oposiciones a instancias de ese gobierno. Pues entonces, en 1866, se llegó al caso de votar, caso acerca del cual yo he dicho siempre al señor presidente del Consejo de ministros que era inadmisibles, porque estas cosas no se obtienen ni se deben procurar con los votos, porque esto no es un sistema de tiranía, no es un sistema de dejar al número y al arbitrio del número las resoluciones contra el deseo de las minorías, porque de esa manera la vida del régimen se hace imposible. Allí se votó. No recaía la votación sobre si debía haber sesiones dobles; en último caso, la votación recaía sobre si la prórroga había de ser sólo para discutir los presupuestos o también para discutir las autorizaciones; la mayoría votó que para las dos cosas; el gobierno que para las dos cosas; y el Sr. Ríos Rosas votó que sólo para los presupuestos. En 26 de Mayo de 1866 vuelve el Sr. Ríos Rosas a votar en contra. En 4 de Junio de 1866, acentuándose ya la actitud del señor Ríos Rosas, vota en contra desde la mesa. ¿Qué habríais dicho si yo lo hubiera hecho! Y por fin, en 13 de Junio ya no le quedaba que hacer al Sr. Ríos Rosas más que una cosa, que era hablar, y pronunció un enérgico, elocuente y violento discurso, como recordo el Sr. Cánovas, y después de pronunciarlo volvió a sentarse en su sitio. ¿Me habríais dejado vosotros hacer lo mismo, como no hubiera traído una compañía de la Guardia civil? (Muy bien en las minorías monárquicas.)

De consiguiente, señores diputados, no hay diferencias. Estas diferencias que el Sr. Sagasta quiere encontrar en mi conducta, estas diferencias, residen en la calidad de las personas y en la condición de los hombres; porque el general O'Donnell, jefe de aquella situación y de aquel Gobierno, era un guerrero que dejaba los combates para los campos de batalla contra los carlistas y contra los moros, y en lo demás era la prudencia y el respeto mismo a los hombres civiles y a los fueros del Parlamento, mientras el Sr. Sagasta, ya lo veis, como por su carácter de hombre civil no puede dar otras batallas ni tiene espíritu guerrero, da batallas en el Parlamento, dirigiendo contra el presidente motivos parlamentarios.

Del Sr. Martínez de la Rosa no quiero decir nada. El Sr. Martínez de la Rosa se abstuvo en la sesión del 12 de Abril de 1859. Había votado una interpelación del Sr. Ríos Rosas; se discutía aquella interpelación y la mayoría quiso contarse, o más bien quiso contar a las oposiciones, y presentó un innecesario voto de confianza al gobierno. Entonces el Sr. Alonso Martínez, que ahora tan dignamente nos preside, entendió que aquello era una locura de la mayoría, que aquello era empeñarse en ensanchar distancias, en arrojar de su seno a hombres importantes por la calidad, y que empezaban a serlo también por el número; que aquello podía perder, como efectivamente perdió más tarde, a la unión liberal, y con gran previsión y prudencia, el Sr. Alonso Martínez rehusó y sostuvo una proposición de «no ha lugar a deliberar», y sobre esta proposición recayó la votación, y en esta votación, en una votación tan política, se abstuvo el señor Martínez de la Rosa. Y lo mismo el día 3 de Mayo de 1861, cuando el voto de censura al gobierno, se abstuvo el Sr. Martínez de la Rosa.

El 7 de Diciembre del año 1861, también, cuando se trataba nada menos que de un medio de gobierno que casi nunca suele negar a los gobiernos las mismas oposiciones, cuando se trataba de una autorización para percibir e invertir las rentas públicas, el Sr. Martínez de la Rosa se abstuvo.

Pero no ya semejanzas, un caso igual quiero presentaros, por si persistís en lo de las abstenciones teatrales. En 7 de Marzo de 1847 se presentó un voto de censura contra el gobierno y el marqués de Girona, votado por aquella mayoría, conforme hasta entonces con la política de aquella mayoría, dando a aquella mayoría los consejos que todo presidente le dirige, y haciendo las manifestaciones que todo presidente le hace, se abstuvo de votar; y al empezar la votación, al empezar, se levantó del sitio y se salió del salón. Lo mismo que hice yo y en las mismas condiciones que yo. De consiguiente, el Sr. Sagasta, que no había tenido pretexto alguno para sublevar la mayoría en contra del presidente que era de este Congreso, el Sr. Sagasta tiene toda la responsabilidad de lo que ha ocurrido y de lo que ocurre, y tiene desde luego la responsabilidad de haber peido d s meses, durante los cuales, o por lo menos durante más de uno, ha podido

estarse discutiendo el sufragio universal que se empezaba a discutir.

El Sr. Sagasta ha podido hacer asimismo que nos ocupáramos en el examen de los presupuestos; el Sr. Sagasta ha podido perder este tiempo, porque era preciso que yo cayese con este pie.

De manera que una de las cosas importantes en este caso era determinar de quién era la responsabilidad de las cosas, y yo digo que de los hechos resulta que es toda de S. S. ¿Es que esto no tiene consecuencias como S. S. dice? No alegro, aunque no lo creo; pero en fin, tanto mejor, ¿es que tiene consecuencias? No digo que las tenga, claro está, porque yo haya dejado de ser presidente del Congreso, ni por que esté en este sitio en lugar de estar en aquellos bancos, no; sino por la manera como se me ha expulsado, por las relaciones ásperas e imposibles del Sr. Sagasta con los partidos monárquicos, por el precedente de su falta de respeto al Parlamento, por el temor que legitimamente indica de que así como ha faltado al Parlamento, falte a todos los poderes constitucionales. (Rumores.)

No sé por qué esos rumores, puesto que el régimen representativo se compone del Parlamento y del Rey. Si por todo esto tiene consecuencias graves, y por todo esto resulta, no la imposibilidad de gobernar con esta mayoría, sino la imposibilidad de que gobierne esta mayoría con la dirección del Sr. Sagasta, y no quiere tener otra la mayoría ni el Sr. Sagasta quiere que la tenga, resultará también que, con efecto, esta mayoría del Sr. Sagasta servirá para producir estos tristes resultados que vemos, pero no puede servir para los fines ordinarios, eficaces y fecundos del gobierno de la Nación.

Pero el Sr. Sagasta dice: ¿cómo había de querer yo echar de la Presidencia al Sr. Martos, si el Sr. Martos ponía la Presidencia a mi disposición a cada momento? Y es verdad; siempre he dicho al Sr. Sagasta que estaba dispuesto a responder a la menor conveniencia suya o del partido, porque yo estaba aquí prestando un servicio, desempeñando mis funciones, dando la pauta del régimen de nuestros debates en aquellos primeros y críticos y quizá peligrosos momentos en que se quiso atacar la persona del Rey y la memoria del Rey difunto; en aquellos momentos en que la conducta del presidente de la Cámara que se sentaba allí era coronada por todos los aplausos; en aquellos momentos, yo prestaba un servicio; el Sr. Sagasta lo reconocía, aunque no sé si lo agradecía; y el Sr. Sagasta no tiene derecho a decir que porque yo ocupase aquel sitio representando allí un aspecto del nuevo partido, como su señoría representaba ahí otro aspecto del mismo partido, yo estuviésemos esperando a que me crecieran las alas, yo estuviese creciendo a la sombra de arborescencias ni gigantismo y yo haya aprovechado un momento cualquiera para volar con esas alas que me dejó crecer o quizá me prestó de las que le sobraban a su señoría el propio Sr. Sagasta.

Yo he andado por la tierra con los pies que tengo, y si he volado alguna vez, he volado con alas propias; yo no he recibido de nadie, antes he dado sustancia y jugo y vida a la obra de este partido. Por lo visto, el señor Sagasta cree que yo había perdido toda esa sustancia y toda esa vida, y se ha encontrado con la desagradable sorpresa de que aún me quedaba bastante para vivir y para defenderme contra S. S. Pero ¿y los destinos de jueces municipales y jueces de primera instancia de los cuales ha recordado S. S. que yo hacía siempre cuestión de gabinete? ¿Válgame Dios con los altos vuelos del debate! ¿Válgame Dios con los altos pensamientos, con los asuntos dignos del sistema parlamentario que trae S. S. a esta debate! No; yo no hice cuestión de gabinete de ningún empleo; y si no, dígame su señoría de cuál la hice. Eso es absolutamente contrario a la realidad. No parece sino que yo tenía tantos funcionarios como da a entender el Sr. Sagasta con esto, dando pábulo a una de las calumnias que contra mí se han acreditado.

Ya se ha visto: dos gobernadores; uno de ellos pariente mío, antiguo funcionario que ha estado siempre cosante menos cuando mis amigos se hallaron en el poder; otro de ellos, el gobernador de Valencia, un antiguo corregidor y amigo; mi hermano, que desempeñaba ahora un empleo de jefe de Administración de primera clase, con la misma categoría que tuvo en 1872, hace diez y siete años; un oficial de Gobernación, con 30 ó 35.000 rs., que había sido antes gobernador, por cierto que tuve la suerte de que los electores enviase al Congreso, siendo el gobernador de una provincia, todos los candidatos ministeriales menos uno: el pobre general Reina de honrada y querida memoria; y aun por poco le cuesta caro a aquel triste gobernador; luego dos directores que hicieron dimisión en seguida, los señores Cuartero y Pacheco; y por último, un delegado de Hacienda, con treinta y tantos años de servicios, pariente mío, que ha estado colocado siempre, siempre, y ahora le ha dejado cesante ese gobierno en amor mío.

Además, mi amigo particular el señor ministro de Ultramar me conserva en Cuba; ¿Dices lo premio! así como yo se lo estimo, dos solos empleados que allí tengo, parientes míos, que al cabo de veintitantos años de servicios uno de ellos, con algunas interrupciones, han llegado a ser jefes de Negociado; y puede ser que algunos dos o tres empleados que también me conserva el Sr. Becerra en Filipinas. Y esto es todo, señores diputados; perdonadme que os haya hablado de esto; pero ¿tengo yo la culpa de que haya hablado de ello el señor Presidente del Consejo de ministros? ¿tengo yo la culpa de que os hayan dicho, contra la realidad de los hechos, que yo dimitía la Presidencia a cada empleo y por cada empleo?

Pero ¿y los jueces municipales? ¡Ah! entendámonos, señores diputados, entendámonos, que esto no es un asunto que carezca de importancia. Yo no vine sólo a la política; a la vez que con mis ideas, vine con mis amigos; tenía muchos en Valencia, tengo ahora más; una gran parte de los republicanos progresistas de la capital y de los pueblos, se han venido a la Monarquía por venirse conmigo; están en la Monarquía y en ella estarán por

amor a la Monarquía, pero por mí han venido a ella; y yo no podía desamparar a mis amigos; yo no podía entregarles al exclusivismo de la dominación de nadie; yo les he defendido; si a esto es a lo que S. S. se refiere, tiene razón el Sr. Sagasta. Entre esos amigos había un juez municipal de un pueblo que acababa de hacer actos de adhesión a la Monarquía y que había enviado aquí una exposición con 800 ó 900 firmas, con casi todo el pueblo; hermano por cierto de un gran protegido del señor Presidente del Consejo de ministros, un Sr. Rizo, que había sido republicano. Al otro, al protegido del Sr. Sagasta, que era una persona dignísima, como con motivo de haber sido en su calidad de juez de primera instancia interino de Madrid quien falló la causa de Monasterio, fué objeto de grande controversia su nombramiento, S. S. le defendió, y dió una batalla por él, é hizo bien y siendo esto así, ¿por qué había yo de hacer mal defendiendo a ese republicano que quería ser juez municipal de su pueblo después de haber dejado de ser republicano? No eran estos amigos míos como aquellos que se ponen en las fronteras de la Monarquía y de la República; yo no pedí los favores de mi influencia para ellos hasta que dejaron de ser republicanos y se vinieron a la Monarquía.

Y basta, señores diputados; perdonadme, yo no tengo la culpa de esto; pero yo no podía quedar bajo el peso de esa acusación, yo no podía quedar como un hombre que pone toda su influencia en la situación como peso, como presión para que le nombren jueces municipales; no es exacto nada de cuanto dijo el señor presidente del Consejo de ministros; y vuelvo a pedir perdón al Congreso.

Aquí lo que resulta es, como dije antes, que el gobierno de S. M. es el responsable del desacato parlamentario, que lo ha confesado el gobierno, que lo han reconocido importantes oradores de la mayoría, que lo ha cometido en vez de valerse del medio natural de la proposición de censura, que lo ha como confirmado yéndose el Sr. Sagasta a obtener: primero, el decreto de suspensión de sesiones para poner paz, y no intentando poner la paz por fin, obteniendo de la Corona, cuya prerrogativa respeto altamente en esta ocasión, como en todas, y digo que la Reina Regente, en cuanto a Reina Regente, ha hecho muy bien, obteniendo de la regía prerrogativa un decreto que constituye, y esto no lo ha contestado ni lo contestará su señoría, un acto de invasión del poder real en el poder parlamentario, que coloca al presidente del Congreso, no hablémos ya de mí, que coloca al presidente del Congreso, que tiene hoy mismo colocado al respetable Sr. Alonso Martínez en la situación de un empleado a quien indirectamente se le puede dejar cesante por un r al decreto. En suma, estos son los hechos.

Discutir sobre puntos de derecho con el señor Sagasta es tarea inútil. Su señoría cree que podía para gobernar yo el concurso de esa mayoría. Su señoría se equivoca; yo he anunciado que soy uno de tantos candidatos al poder, que ya no tengo por jefe a S. S. ni a nadie, ya que S. S. me llama soberbio, no reconociendo mi modestia durante estos cuatro últimos años, yo publico mis propósitos y mis deseos; yo soy un hombre público que aspira al poder y que no quiere ya entregar a otro sus ideas, por que las han tratado muy mal (Risas); entiendo yo que las han tratado muy mal; en suma, quiero gobernar con mis ideas y no darselas a nadie para que gobierne con ellas.

Pero yo no he dicho que pretendo el apoyo del Sr. Sagasta. Yo sostengo, y todavía sostengo, aunque sin ninguna esperanza, que si el señor Sagasta quiere, puede haber aquí soluciones de paz fuera de S. S.

Pero ¿cómo lo ha de hacer S. S., si no lo ha hecho nunca? ¿Qué hizo cuando el ministerio Posada Herrera? Colaborar en el discurso de la Corona en unión del ministro de la Gobernación, Sr. Moré, según resulta por lo públicamente manifestado por ese señor ante el Congreso, no rectificado por el Sr. Sagasta, y después combatir aquel mismo discurso que ayudó a redactar y hacer que contra ese discurso de la Corona que ayudó a redactar, votasen sus 221 amigos, y echar a aquel gobierno y despedirse también del gobierno S. S. hasta que con mi concurso y el de mis amigos ha vuelto a recobrarlo a la muerte del malogrado rey D. Alfonso.

No hay más sino que entonces S. S., creyendo que así se quedaba en el gobierno, combatió el sufragio universal y no habló de transacciones conmigo; lo combatió en aquel caso, a pesar de que estuve yo perfectamente claro respecto al concepto del sufragio universal y a su trascendencia y a su carácter y a la ausencia de todo peligro nacido del sufragio universal dentro de la Monarquía, porque la Monarquía es la mayor de las compensaciones; y el Sr. Sagasta, que me atribuye ahora a mí el erróneo concepto de que yo afirmo que no pido el sufragio universal mientras no lo consienta el partido conservador, cosa que no he dicho, dijo entonces, en aquellas sesiones del mes de Enero de 1884, que aquello era demasiado importante, que aquello era de una trascendencia excepcional, que novedades así se van realizando muy lentamente en el seno de las sociedades humanas, que había que realizar aquello con el concurso expreso y directo del partido conservador.

Y ahí está el *Diario de Sesiones*, que no me dejará mentir, y aquí hay hombres importantes de todos los lados de la Cámara que lo recuerdan como yo.

Por consiguiente, el Sr. Sagasta derrotó a la izquierda con su partido constitucional, con su mayoría de los 221 votos; el Sr. Sagasta derrotó a la izquierda con nombre de su oposición al sufragio universal, y no quiso inteligencias ni fórmulas ni arreglos con el ministro de la Gobernación, que llegó a declarar aquí que el señor Sagasta había colaborado con él en el discurso de la Corona, con las siguientes palabras:

«Si saberlo mis compañeros, ahora lo declaro por primera vez, y si soy responsable por haber obrado así, que me despidan, pero no me arrepiento, el Sr. Sagasta ha colaborado conmigo en el discurso de la Corona.»

Y ahora, si todavía no basta esto, diré que estoy dispuesto a todo lo que el Sr. Sagasta quiera, con tal que se salve este principio, porque lo que yo no quiero es que se haga imposible bajo el régimen de la monarquía el sufragio universal por intransigencias mías; si estas intransigencias han de venir, que vengan de parte del Sr. Sagasta.

Esta fué una noble y patriótica advertencia de S. S., por más que a mí me pareciese excesiva; y sobre excesiva, inútil.

El señor presidente: Perdone S. S., Sr. Martos. ¿Piensa S. S. ser muy extenso?

El Sr. Martos: Voy a concluir en seguida, pues de otra manera, como tenemos que volver a las nueve, temería molestear demasiado la atención del Congreso y aún abusar de la benevolencia de los señores diputados.

Luego ¿qué ha hecho el Sr. Sagasta? Lo que había hecho antes. En 1872 presentó su candidatura frente a la del Sr. Rivero, y la hizo triunfar votada por los carlistas; y al derrotar al Sr. Rivero y al Gobierno, dividió al antiguo partido progresista y fundó un partido conservador, el partido constitucional, que es la base de los medios actuales de S. S.; partido que ha prestado como partido grandes servicios, pero que se fundó porque S. S. no quiso dejar pasar delante al Sr. Ruiz Zorrilla. ¿Quién sabe si de aquellas incompatibilidades, si de aquellas rivalidades, si de aquel empeño de su señoría de derrotar y expulsar de la legalidad al Sr. Ruiz Zorrilla, como quiere ahora expulsarme a mí, sólo que yo no me voy; quién sabe si de aquel empeño no vino, en parte, esa situación temerosa que procede de la actitud de ese hombre tenaz, que mientras no deponga su tenacidad, y no la depondrá jamás con el Sr. Sagasta, yo se lo digo, no habrá seguridad y sosiego en España; quién sabe si de todo eso no fué causada la rivalidad de S. S. con el señor Ruiz Zorrilla!

Como quiera que sea, S. S. dividió el partido progresista en 1872 y tuvo la responsabilidad de lo que sucedió entonces, como en 1883 y como ahora que a mis amigos y a mí nos despiden de su compañía.

Después de esto, ¿debe S. S. preguntar qué ha pasado aquí para que me parezca ahora mal lo que antes me parecía bien?

Que por que no le llamo jefe. ¿Qué le he de llamar! Me lo he de llamar jefe.

Cuando vino la restauración, el partido constitucional tenía un jefe, y este jefe era el señor que de la Torre; y como había una Real orden para que los militares no fuesen a las reuniones públicas, cuando se reunió el partido constitucional en el teatro circo del Príncipe Alfonso, no fué a presidir aquella reunión el señor duque de la Torre, sino que la presidió el Sr. Sagasta; y así ha hecho en hecho, poco a poco, el Sr. Sagasta lo fué usurpando, porque usurpar supone violencia, supone energía, supone, sobre todo, franca sinceridad, sino que fué sonsacando la jefatura al señor duque de la Torre; y luego fué llamado ya al gobierno el Sr. Sagasta, y no se yo que el Sr. Sagasta consultara sobre la formación de aquel gobierno a su jefe el señor duque de la Torre, que no le había dado para dejar de serlo motivos como los que me ha dado a mí S. S. Así le sustituyó, así le suplantó, así obtuvo la posición de jefe el Sr. Sagasta, y así resulta, señores Diputados, que de los veintitantos años que han pasado desde la revolución de 1868, el Sr. Sagasta ha gobernado quince años, y luego dice que no se puede soportar esta constante dominación de los conservadores. (Risas.)

Además, yo no se si lo recuerdo bien, pero me parece haber oído al Sr. Sagasta quejarse de haber hecho poca carrera. Siendo presidente del Consejo de ministros ¿qué visiones muestra a S. S. el horizonte político dentro del régimen monárquico constitucional en ese espigismo de que habla el *El Correo* y de que habla S. S., para llamar en tanto, que es como si yo llamase tontos a los consejeros de S. S.? Y si no le muestra ninguna ¿cómo se queja su señoría de haber hecho poca carrera? No será la que corresponde a sus méritos sobre todo a sus méritos de quince años de gobierno. (El señor presidente del Consejo de ministros: ¡Por si está y muy lejos de quejarme! ¡Si no me he quejado de semejante cosa!) ¿No se quejaba S. S.? Entonces no he dicho nada.

Si lo declara comparándose con otros, yo no tengo que añadir sino que, en efecto, invirtiendo la frase familiar de S. S. para daria algún agrado retórico, puede decirse que si buenos azotes, aunque breves, le costó, buena y larga insula le han dado, porque insula va resultando pues aquí por decreto de Dios para uso principal de S. S. Pero ya esto se acabó; ya el Sr. Sagasta va mostrando síntomas peligrosos; no tiene ya serenidad, padece el vértigo de las alturas; caiga S. S. despatado, pero deprisa, de modo que no se despena, y procure no asirse a nada al caer, lo que debe quedar, por importar más que S. S., para el bien del país, fuera del alcance de sus manos.

Sabe S. S. que una vez en el verano del año 1883, después de un debate muy grande sostenido conmigo, y digo grande por la duración del mismo y por la grandeza que S. S. trajo a él; después de un largo debate sostenido conmigo, salió S. S. muy ufano. Acababa de leer el decreto de suspensión y me dijo: «que me tosan, tósame usted.» Yo no le tosi, ni cosa alguna; pero aquellas Cortes ya no las volvió a abrir el Sr. Sagasta. Las abrió el Sr. Posada Herrera. Pues si estas Cortes se vuelven a abrir, que lo dudo, no abrirá estas Cortes su señoría.

Yo le digo al Sr. Sagasta, como dijeron los Carvajales a D. Fernando IV: «Cuatro meses viviras.» Me despidió con esto, señores diputados y señor presidente del Consejo de ministros, hasta fines de Octubre, que tendremos otro ministerio. (Bien, bien.—Muestras de aprobación en los bancos de las minorías.)

El señor presidente del Consejo de ministros (Sagasta): Pido la palabra.

El Sr. Presidente: Señor Presidente del Consejo, han pasado las horas de Reglamento. (Rumores y protestas en los bancos de las minorías monárquicas.—Varios señores diputados de las mismas minorías se ponen en pie diciendo: Que sea nominal, que sea nominal.) No voy a preguntar eso. (El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: No quiero hablar; no quiero molestaros, señores diputados) señor

Presidente del Consejo, son las siete y veinte; han pasado las horas de Reglamento; según el acuerdo del Congreso, esta noche hay sesión a las nueve. Rogaría, pues, a S. S. que dejara para mañana el hacer uso de la palabra, porque en otro caso no se puede cumplir el acuerdo del Congreso. (Aplausos en los bancos de las minorías monárquicas.—El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Decía que no quería hablar, precisamente por esas razones.) Se suspende esta discusión.

El Sr. Martos y la prensa.

Lo avanzado de la hora en que comenzó ayer el debate político en el Congreso, impidió que la prensa de la noche emitiera extenso juicio respecto al elocuente y brillante discurso rectificación que pronunció nuestro ilustre jefe el Sr. Martos. No obstante esto, vamos a recoger, siguiendo la costumbre, lo que referente a dicho discurso escriben los diarios de la noche.

La Epoca:

«No estaba la Cámara, como otras veces, ansiosa y en expectación. El Gobierno procura enfriar la atmósfera, y momentáneamente lo consigue. Pero pronto se fueron llenando los bancos para oír al orador de la tarde.

Duro y cruel, como correspondía al ataque recibido, se mostró el Sr. Martos desde el comienzo. Su palabra reposada distribuía haces de rayos, que iban a caer sobre el Sr. Sagasta.

En la parte personal, en lo que según el señor Martos, había injurias encubiertas para su persona, únicas que podía lanzarle el jefe del Gobierno, se mostró enérgico y viril; en la parte política implacable también.

Por el rumbo que tomó su discurso, debemos creer que no defraudó las esperanzas concebidas y que fué digno de quien en este debate ha sido acusado de un modo no visto por quien, después de todo, acaso carezca de autoridad para hacerlo.

Todo ello no vendrá a demostrar, en suma, sino que el partido fusionista, roto y fraccionado tiene enfrente grupos hostiles que no le dejarán vivir en paz, si por acaso el partido conservador, poniendo su política frente a la imperante, no se bastase y sobra para que el país elija entre una y otra.»

El Correo:

El Sr. Martos ha hablado para replicar al señor Sagasta, haciendo un discurso en que ha vuelto a tratar de nuevo de su evolución económica y de todas las demás cuestiones relacionadas con su descendimiento de la presidencia.

Ha tenido frases duras para calificar la conducta del Sr. Sagasta, acusándole de referir los hechos de un modo inexacto; pero no ha entrado en los pormenores íntimos de sus disgustos, como hacían creer algunas insinuaciones de los periódicos.

El Diario Español:

«No podrán quejarse los ministeriales y el Gobierno; el Sr. Martos les ha tratado como merecen, y singularmente al primer ministro del Gobierno de S. M., de quien ha dicho con sobrada razón que no ha contestado a nada de su discurso, sino que con una imprudencia sin ejemplo, hizo un discurso personal, personalísimo; en toda la oración brillante, correcta y elocuente del ilustre tribuno han desollado períodos y frases dignas de estudio y de atención preferente por los relieves con que ha esmaltado el cuadro.»

El Día:

«El debate político se ha reanudado con una rectificación bastante enérgica y elocuente del Sr. Martos.»

El Estandarte:

«Después de las seis se ha reanudado el debate político haciendo uso de la palabra para rectificar el Sr. Martos.

Su discurso ha sido elocuente como todos los suyos, pero en concepto de algunos ha sido de tonos demasiado templados y en manera alguna proporcionado a los ataques que le había dirigido el Sr. Sagasta.»

ECOS DEL EXTRANJERO

TELEGRAMAS DE LA AGENCIA LIBRE

RUSIA Y MONTENEGRO

SAN PETERSBURGO 13.—El gran duque Pedro Nikolstewich ha partido para Cetinge, donde le hará una visita al príncipe de Montenegro su futuro suegro.

EL CONDE HERBERTO DE BISMARCK

BERLIN 13.—El conde Herberto de Bismarck se dirige a Warzin, y de este punto irá el 29 del corriente a Wilhelmshaven para acompañar al emperador a Inglaterra.

NUÉVAS TARJETAS POSTALES EN ITALIA

ROMA 13.—Desde el 1.º de Septiembre las tarjetas postales costarán 8 céntimos para el interior y exterior, y tendrán doble tamaño que en la actualidad.

LAS MANIOBRAS EN ALSACIA LORENA

METZ 13.—Las grandes maniobras de la 30.ª división tendrán lugar en los alrededores de la ciudad, a fines de Septiembre.

ALEMANIA Y RUSIA

BERLIN 13.—La Gaceta de la Cruz dice que en uno de sus últimos números, El Grajanine, órgano del príncipe Mestcherski, publica el texto de los reglamentos de la academia de guerra de Berlín.

Este documento, año le La Gaceta de la Cruz, no ha podido llegar a manos del príncipe, sino por un abuso de confianza.

HUELGA EN AUSTRIA

VIENA 13.—Los obreros de la sociedad Alpina sin cesar en sus trabajos, han enviado una comisión a la dirección, reclamando un aumento de salario y una reducción de las horas de trabajo.

La dirección ha aceptado el aumento de los salarios, y negado lo relativo a las horas.

Los obreros se han contentado con las concesiones obtenidas.

ECOS PARLAMENTARIOS

SENADO

SESIÓN DEL DÍA 13 DE JULIO DE 1889

Abierta la sesión a las tres y cuarto, bajo la presidencia del señor marqués de la Habana, se lee y aprueba el acta de la anterior.

(Escasa concurrencia de senadores. En el banco azul los ministros de la Gobernación, Guerra y Marina.)

El señor Ortiz de Pinedo llama la atención del ministro de la Gobernación sobre el estado de los ánimos en la provincia de Huelva con motivo de la calcinación al aire libre de los minerales de cobre en aquella provincia, y ruega a dicho señor ministro que se cumpla el decreto del Sr. Albaréda de 1888.

El señor ministro de la Gobernación participa al Sr. Ortiz de Pinedo que el Gobierno está dispuesto a que se cumpla el decreto de Febrero del año anterior, pero que está próximo a resolución por el Consejo de Estado el expediente instruido en demanda contenciosa contra aquel Real decreto y entonces se hará cumplir por las empresas mineras.

Contestando a la pregunta dirigida ayer por el Sr. Fabié sobre los sucesos de Barcelona, manifiesta que no han tenido la menor importancia, quedando todo reducido al alboroto producido por un matutero.

Del mismo modo niega importancia a los sucesos de Lérida, Tarragona y Reus, que el señor Fabié consideró como sumamente graves.

Los señores Ortiz de Pinedo y ministro de la Gobernación rectifican brevemente.

El Sr. Fabié insiste en la gravedad, los sucesos de Barcelona, a pesar de las explicaciones del ministro de la Gobernación.

El señor ministro de la Gobernación rectifica.

El Sr. Rojo Arias se declara conforme con el señor ministro de la Gobernación en las explicaciones dadas por éste sobre la cuestión de los humos de Huelva.

ORDEN DEL DÍA

Se vota definitivamente la pensión a la viuda del Sr. González Ontoria y a la del Teniente de Carabineros Sr. Cordero.

Prevía declaración de urgencia se aprobaron los dictámenes de la comisión mixta sobre pases de oficiales a Ultramar y sobre la desviación del río Guadalupe.

El Senado se reúne en sesiones para nombrar la comisión, concediendo un crédito de 400.000 pesetas para las obras de la catedral de Sevilla.

Reanudada la sesión a las cinco y cuarto, se da cuenta del resultado de las sesiones, y se pone a discusión el proyecto, reformando algunos artículos de la ley de Enjuiciamiento civil; y después de algunas observaciones del Sr. Menéndez y Zorrilla contestadas por el Sr. Rojo Arias, se aprueba el proyecto. Acto seguido se levanta la sesión.

Eran las cinco y cuarto.

CONGRESO

SESIÓN DEL DÍA 13 DE JULIO DE 1889

A las tres menos cuarto se abre la sesión bajo la presidencia del Sr. Egüillor. Escasa concurrencia en los escaños y tribunas.

Se aprueba el acta de la anterior.

El señor conde de Toreno presenta 15 exposiciones en favor de la agricultura, y llama la atención del gobierno acerca del escandaloso fraude de las latas, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

El Sr. Pacheco censura la real orden dictada, prohibiendo la aprobación de los presupuestos municipales y provinciales, y pide varios documentos al ministro de Hacienda.

Da éste las explicaciones necesarias para defender la real orden.

El Sr. Lastres hace varias preguntas al ministro de Ultramar acerca del exceso de plata mejicana que circula en Puerto Rico.

Le contesta prolijamente el señor ministro de Ultramar, y dice que no puede resolver el conflicto sin que se aprueben los presupuestos.

El Sr. Corrales interviene en este debate, como representante de Puerto Rico, para combatir alguna de las consideraciones del señor Lastres.

El Sr. Gullón hace algunas observaciones sobre el mismo asunto.

El Sr. Ruiz Martínez pide al gobierno que declare monumento nacional la iglesia de San Felipe Neri, de Cádiz, donde se reunieron las Cortes del año 12.

El Sr. Rodríguez Correa da las gracias al ministro de Fomento por haber destinado el palacio de Carlos V a Biblioteca y Museos de Granada.

El Sr. Azcarate reclama nuevos documentos relativos a la inspección administrativa del ayuntamiento de Madrid, y pregunta si está dispuesto el gobierno a proceder judicialmente contra los que están cometiendo escandalosos abusos, abusos como los de las latas de petróleo.

Los señores ministro de Fomento y Aguilera contestan brevemente al Sr. Azcarate.

Se promueve un debate sobre la gestión administrativa del ayuntamiento, en el que intervienen los Sres. Rodríguez Correa y García Alix, este último para pedir al gobierno que escite el celo del ministerio fiscal, con objeto de averiguar los delitos que se denuncian y la responsabilidad de los delincuentes.

El señor ministro de Fomento y el Sr. Aguilera dicen que se procederá con toda energía para depurar los hechos relativos al fraude de las latas de petróleo.

Acercas de este punto concreto se promueve un vivo incidente entre los Sres. Alix y Aguilera, sobre si procede o no la intervención de la autoridad judicial en el asunto.

El Sr. Martínez Luna protesta de algunas frases del Sr. García Alix, y dice que el que diga que hay algún concejal defraudador, es un calumniador (rumores).

El Sr. Lúa hace constar que el matute no es delito (rumores).

Se promueve un ligero incidente entre los señores marqués de Mochales y conde de Gomar, sobre si los firmantes de una exposición de la provincia de Huelva, piden o no que subsistan las calcinaciones al aire libre.

Presentan exposiciones en favor de la agricultura los Sres. Gutiérrez de la Vega, 29; Bergamín, 14; Bugallá, 12; R. Sampedro, 1; marqués de Mochales, 2.

Debate político.

El Sr. Martos.

Por separado publicamos su contendiente rectificación.

El Sr. Sagasta.

Se levanta a contestar al Sr. Martos; pero conservadores y conjurados protestan porque han trascurrido las horas de reglamento y no quieren que hable el Sr. Sagasta.

Aducen también en su apoyo que por la noche hay sesión.

El Sr. Sagasta: Sino voy a hablar más que cuatro palabras. (Agita la campanilla.)

¿No queréis que hable? Pues no hablaré; no tengo en ello gran empeño. (Voces: No, no; tenemos que volver por la noche.)

El señor Presidente (Alonso Martínez): Habiendo trascurrido las horas de reglamento, y teniendo que celebrar sesión esta noche, yo suplicaría al señor presidente del Consejo que dejara la rectificación para otro día. (Muy bien, muy bien; grandes aplausos en los conservadores y conjurados.)

El Sr. Sagasta: Yo he dicho que no tengo interés en hablar.

Se levanta la sesión.

Eran las siete y cuarto.

SESIÓN DE LA NOCHE

Se abrió a las diez menos cuarto, bajo la presidencia del Sr. Egüillor.

El Sr. Montoro usó de la palabra para probar que es urgente la discusión de los presupuestos de Cuba y Puerto Rico, después de sostener la necesidad de llevar con urgencia a nuestras Antillas las reformas por tanto tiempo ofrecidas.

Observa grandes deficiencias en el proyecto del señor ministro en lo que se refiere a Bancos, inmigración, fomento de obras públicas y otros puntos.

Censura el recargo arancelario del 5 por 100 sobre los artículos de primera necesidad, y recuerda la conveniencia de regularizar el sistema monetario.

Felicita al señor ministro de Ultramar por el plan de instrucción pública, y considera que no satisface las necesidades del país su actual organización provincial y municipal.

Desea, que ya que no se establezca allí el sufragio universal, por lo menos se plante la ley electoral de la península.

Protesta de que un gobernador general, con todo el mando que corresponde a un comandante de plaza sitiada, simbolice los progresos democráticos de nuestros tiempos.

El señor ministro de Ultramar manifiesta que, atendida la brevedad del tiempo, contestará a los diferentes puntos expuestos por el señor Montoro, cuando se pase a la discusión por artículos.

El Sr. Calvetón sostiene que no puede hacerse cargo alguno al gobierno, por no llevar a Ultramar reformas que requieren gran determinación.

Insiste el Sr. Montoro en sus apreciaciones lo mismo que el Sr. Calvetón.

El Sr. Pardo habla para alusiones personales, y contestando al Sr. Montoro dijo que él, sin pertenecer a la minoría autonomista prestaba todo su atención a cuanto podía interesar a nuestras provincias ultramarinas, demostrándolo con su intervención en el debate sobre la ley de alcoholes, que realmente encerraba gran importancia para Cuba y Puerto Rico.

Abogó porque se introdujeran economías en la organización municipal suprimiendo muchos ayuntamientos que no tenían razón de ser.

Se preguntó al Congreso si esta noche habría sesión y así se acordó.

Se levantó la sesión a las doce y cuarenta minutos.

ECOS DE TODAS PARTES

Próximamente a las dos de la madrugada de ayer, se hallaba de francachela cinco ó seis individuos por el barrio de Marconell, situado en las inmediaciones del arroyo de San Bernardino.

Una hora más tarde, uno de los concurrentes a la juerga, llamado Laureano Laguna, de sesenta años, vecino del referido barrio, se acercó a un ventorro establecido cerca de la quinta titulada de San Isidro, y pidió a la dueña del mismo, Angela Fernández, dos botellas de vino y unos bollos, siéndole entregados por un ventanillo.

Los juerguistas consumieron los bollos y el vino en el campo; trabaron disputa luego, salieron a relucir los cuchillos y alguna arma de fuego, y el resultado de la batalla fué quedar gravemente heridos de navaja en el vientre y espalda, los cuñados Manuel Silva, de 28 años y Manuel Pérez, de 25.

Fueron ambos conducidos, con pocas esperanzas de vida, al hospital de la Princesa, donde ha fallecido uno.

Al poco rato tuvo conocimiento del hecho la Guardia civil del puesto de Pozas, y constituyéndose en el lugar del suceso, dió por resultado la captura de los presuntos agresores, llamados El Barrero, éste con una herida leve en el cuello, producida con arma de fuego; Juan Antonio Puebla y Laureano Laguna.

El juez de guardia, Sr. Fonseca, se constituyó en el sitio del suceso, y después entregó la sumaria al Sr. Peña Costalago, a quien corresponde.

Los detenidos, que son nueve, y la dueña del referido ventorro, con su marido, prestaron declaración más tarde ante dicho señor juez.

En la casa núm. 32 de la calle del Cardenal Cisneros, una mujer ha tomado ayer una disolución de fósforos, pasando después al hospital de la Princesa.

En los Cuatro Caminos rieron ayer dos amantes, recibiendo ella una pedrada en la cabeza que le produjo una grave herida.

El individuo fué detenido y puesto a disposición del juzgado.

En el piso segundo de la casa núm. 14 de la calle de San Bartolomé, ha fallecido repentinamente una señora de ochenta y dos años de edad, el día de ayer.

En una habitación de la casa núm. 94 de la calle de San Bernardo, se ha descubierto ayer tarde un robo, ignorándose su importancia por hallarse ausentes los inquilinos.

En el Parque de Madrid, cerca del edificio de la Exposición de Filipinas, ha sido hallado ayer mañana el cadáver, con dos balazos en la cabeza, de D. Carlos López, de 53 años de edad.

Este desdichado, ex oficial de la Andaluza de lo criminal de Jerez, llevaba en uno de los bolsillos del chaquet una carta dirigida al juzgado, haciendo constar que ponía término a su vida por antiguos é irreversibles quebrantos de salud, y que, por lo tanto, no se culpaba a nadie de su muerte.

Calamidades en la provincia de Zaragoza.

Ha aparecido la langosta en Escatrón, el mildew en Villamayor, y en Salillas de Jaldón, además del mildew, otra plaga: unos gusanillos que en considerable número atacan las cepas, secan sus frutos y consumen sus hojas.

Algunos pueblos habían perdido ya su cosecha de cereales, y esperan perder la de vino.

Dentro de pocos días comenzará en Barcelona a prestar servicio para el público un ferrocarril aéreo desde aquella ciudad a Gracia.

La vía es de un solo carril, sobre una armadura triangular, apoyada en tramos metálicos que forman viaducto; los tramos son de cuatro metros en línea recta, y de dos metros en las curvas, algunas de pequeño radio.

El material empleado es el hierro fundido y el hierro laminado. En una de las pruebas se han cargado sobre la vía 2.000 kilos sin causar el más insignificante desperfecto. El peso máximo del vagón y de los ocho pasajeros que lleva es de 1.500 kilos. La vía tiene una extensión de 200 metros, con un túnel y varias curvas.

Los vagones tienen la forma de una V invertida, en cuya curvatura están las ruedas giratorias, que se apoyan en el carril; las dos ramas llevan en el interior otras ruedas que se deslizan en unas guías, de modo que el descarrillamiento es imposible.

Para tomar asiento en el vagón lleva a los pasajeros a una terraza un cómodo ascensor hidráulico, con un sistema de contrapesos de gran seguridad.

Del punto de partida al de llegada hay una distancia de cuatro metros de elevación.

El presupuesto de los Estados Unidos, terminado en fin de Junio, ofrece un sobrante de 88 1/2 millones de pesos. Los gastos figuran por 600 millones y los ingresos por 388 1/2; entre los primeros se incluyen los del ejército, por 44 millones, y la marina 21.

Dice un diario malagueño:

«Ayer escandalizaba al público, pregonando a grito herido, un ciego, el cual vendía una hoja suelta explicando la venta que un marido ha hecho de su mujer por una burra, dando 10 reales encima; y añadía el industrial callejero que en el papel se consignaba el nombre y apellido del esposo.»

BOLSA

COTIZACIÓN OFICIAL DEL DÍA 13 DE JULIO

FONDOS PÚBLICOS	ULTIMO precio.	MOVIMIENTO	
		Alza	Baja
Deuda al 4 por 100 int.....	75,10	»	»
Idem id. pequeños.....	75,75	»	»
Idem id. fin corriente.....	74,10	»	»
Idem id. fin próximo.....	00,00	»	»
Idem al 4 por 100 exterior..	76,10	»	»
Idem id. pequeños.....	76,75	»	»
Idem id. amortizable.....	88,60	»	»
Idem id. pequeños.....	88,75	»	»
Billetes de Cuba 1886.....	104,95	»	»
Idem id. 1886.....	00,00	»	»
Obligaciones municipales..	00,00	»	»
Idem Banco Hipotecario....	0,00	»	»
Cédulas hipot. al 5 por 100.	000,00	»	»
Idem id al 4 por 100.....	94,65	»	»
Acciones Banco de España..	404,50	»	»
Compañía de Tabacos.....	108,50	»	»
CAMBIOS.			
Londres a 90 días vista L..	26,00	»	»
París a 8 días vista.....	4,00	»	»
Berlin a 8 días vista.....	0,00	»	»

Espectáculos para hoy

PRINCIPE ALFONSO.—A las 9.—Quien fuera libre.—El rigor de las desdichas.—El Corderillo.—Segundo acto.

FELIPE.—A las 9.—El año pasado por agua. Colegio de señoritas.—De Madrid a París.—El año pasado por agua.

MARAVILLAS.—A las 9.—A ti suspiramos.—Paca la Pantalónera.—Las hijas del Zebedeo.—Segundo acto.

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—A las 9.—Traviata.

Gran montaña rusa de dos de la tarde en adelante.

Imp. de LA PUBLICIDAD, Valenzuela, 6.

GRANDIOSAS REBAJAS

LA ISLA DE CUBA

EN LOS INMENOS ALMACENES DE

PROVEEDORES DE LA REAL CASA
Montera 18, esquina á la calle de la Aduana
Bajos, entresuelos y principales

DIEZ MILLONES

UNOS ALMACENES EN ESPAÑA QUE PRESENTAN

de novedades para señoras, hombres y niños, y sus precios son tan bajos, que no da lugar á engaños para nadie y siempre cuanto se anuncia existe en nuestros Almacenes, y á veces mas barato de lo que se ofrece.

Nunca se han conocido, ni jamás volverán á conocerse géneros de tantísimo gusto y á precios tan baratos como se venden en estos inmensos almacenes, que causan la admiración de todo el mundo que los visita, porque parecen una Exposición Universal.

Rogamos á nuestra clientela no se deje engañar por pequeños negociantes que en Madrid y provincias, y con nombre de Almacenes se sirven de nuestro título ó parecido para alucinar.

Remesas á provincias.—Pidanse muestras y catálogos al propietario D. Eduardo García Inozal.

POR 8 PESETAS un traje de 10 varas, preciosas lanas, doble ancho, listadas, lisas ó de cuadros.

POR 5 PESETAS un vestido de preciosos percales que contiene 16 varas. Tenemos muchos dibujos.

POR 40 PESETAS un elegante traje de surah de seda con listas en todos los colores, y damos 20 varas.

POR 2 PESETAS una falda hecha con volante, fiché de peral francés.

POR 12 PESETAS preciosas manteletas y visitas Ottomann, de seda, bordadas en pasamanería y forros de seda. Existen 4.000

POR 6 PESETAS una pieza percalina de La España Industrial, y tiene 20 varas.

En vestidos hechos, manteletas, visitas, abrigos largos, sombreros y toda clase de confecciones pasarán de seis mil los modelos recibidos esta semana, y con seguridad no existe otra casa mejor surtida de abrigos tan nuevos y elegantes como los recibidos de París y Londres, que llamarán la atención por su novedad y riqueza.

POR 50 CENTIMOS sombreros de paja para señoras, hombres y niños.

POR 6 PESETAS americanas de alpaca, bien hechas y cortadas, de última moda.

POR 3 PESETAS sábanas hechas, para cama camera, con jaretón y de una sola pieza. 17 ptas. media docena

POR 5 PESETAS una docena de servilletas de Rentería con un mantel de la misma clase.

POR 12 PESETAS chaquetas para señoras de géneros ingleses, hechura de sastré, todas las medidas y colores.

POR 3.50 PESETAS una colcha de cretona francesa, dibujos ricos, y damos 9 varas.

POR 10 PESETAS una bonita mantilla de blonda, imitación pura seda. Existen 60 dibujos

POR 6 PESETAS una antúcar de seda listada, negra y de colores.

POR 15 PESETAS un traje de rico cachemir negro y de colores divinos; 10 varas en doble ancho.

POR 10 PESETAS una capa de cristiana de merino blanco bien bordada, para niños recién nacidos.

POR 8 PESETAS un elegante traje para niñas y niños hasta edad de seis años.

POR 8 PESETAS seis toallas grandes para camisas y sábanas con 24 varas.

POR 50 PESETAS un rico traje con 20 varas de gró negro de Lyon, pura seda. Tenemos 100 cortes.

POR 1.25 PESETAS preciosos yutes para cortinas, colchas y muebles, ancho 6½.

POR 6 PESETAS una colcha de piqué blanco con grandes flecos.

POR 1.50 PESETAS una alfombrilla de bonitos dibujos y tamaño de vara y media.

POR 5 PESETAS un corte de colchón con 5 varas de tela listadas de los Estados Unidos, última novedad.

POR 4 PESETAS una chaqueta Jersey, de punto inglés, negras y de colores.

POR 5 PESETAS media docena de pañuelos de seda, todos de diferentes dibujos.

POR 25 PESETAS un precioso traje medio hecho de céfiro bordado en la misma tela y una elegante sombrilla coloreada en caja con figurín iluminado.

POR 8 PESETAS un elegante traje para niñas y niños hasta edad de seis años.

POR 5 PESETAS seis toallas grandes con flecos y una inicial grande bordada.

POR 3 PESETAS media docena de pañuelos de hilo perfumados, con jaretón.

POR 2 PESETAS un pechero de tul do bordado con pasamanerías de lujo.

POR 20 PESETAS una bonita falda hecha con elegantes cogidos y plegada á la inglesa.

POR 4 PESETAS tres camisas interiores, de verdadero punto inglés.

POR 30 PESETAS un traje de 20 varas de telas ricas de seda, dibujos listados y colores nuevos de este año. Existen 1.500 cortes

POR 20 PESETAS un abrigo largo con doble delantera, forma redonda, de dibujos listados muy elegantes.

POR 6 PESETAS un traje para hombre de lanas inglesas y gustos elegantes, damos tres metros para el traje completo.

DESDE 30 PESETAS trajes hechos á la medida, para hombres, cortados por artistas inteligentes.

POR 40 PESETAS pardenis para hombres y niños, todos forrados en ricas telas de seda.

POR 7 PESETAS camisas para hombre, con vistas de hilo, para vestir, y de batistas de color, para dormir, con bullones y cordón de seda.

POR 4 PESETAS media docena de medias largas de bonitos dibujos y colores.

POR 3 PESETAS media docena de calcetines superiores, crudos ó de colores lisos y listados.

POR 3 PESETAS un faldón de cristiana, con bonitos bordados y entredoses.

Todo nuevo, todo fresco y todo de última novedad

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiherpética, antiescrofulosa antisifilítica y reconstituyente.

Es la única agua que produce los saludables resultados que todos conocen, pues su uso general y constante durante treinta y años así lo demuestran.

No confundir la botella de La Margarita con la de otra agua que la ha imitado, para que el público la confunda con aquélla.

En competencia La Margarita con todas las similares, ó que pretenden producir iguales y aun mejores resultados, fué declarada la primera en la Exposición Internacional de Niza, obteniendo la primera distinción, ó sea el

ÚNICO GRAN DIPLOMA DE HONOR

Hecho el análisis por Mr. Hardy, químico ponente de la Academia de Medicina de París, fué declarada esta agua la mejor de su clase, y del minucioso practicado durante seis meses por el reputado químico Dr. D. Manuel Sáenz Díez, acudiendo á los copiosos manantiales, que nuevas obras han hecho aún más abundantes, resulta que LA MARGARITA DE LOECHES es entre todas las conocidas y que se anuncian al público la más rica en sulfato sódico y magnésico, que son los más poderosos purgantes, y la única que contenga carbonato ferroso y magnésico, agentes medicinales de gran valor como reconstituyentes. Tienen las aguas de LA MARGARITA doble cantidad de gas carbónico que las que pretenden ser similares, y es tal la proporción y combinación en que se hallan todos sus componentes, que las constituyen en un específico irremplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenteria, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas, que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el depósito central, Jardines, 15, bajo, derecha, donde se dan datos y explicaciones.

En el último año se han vendido

Más de dos millones de purgas.

Ayuntamiento de Madrid

EL ECO NACIONAL

DIARIO POLÍTICO

Anuncios en la cuarta plana

Columna de 1½. 5 céntimos línea.

Id. 2½. 7 " "

De otras dimensiones á precios convencionales y los mas económicos de cuantos periódicos se publican en esta Corte.

ADMINISTRACION

Biblioteca 9. bajo, izquierda. Desde las 5 á las 7 y media de la tarde.

BODEGA DE CHINCHON

DEL COSECHERO Y PROPIETARIO
VALENTÍN GALÁN

SEIS PREMIOS en cuatro Exposiciones, por sus vinos de mesa y aguardientes
MEDALLA DE PLATA en la Exposición de Barcelona, por el anisado de Chinchón, marca FI Y MARGA LL: 16 litros, 50 pesetas; botella, 3 pesetas.

Vino de mesa de 8 á 11 pesetas los 16 litros; blanco, ídem íd.
Blanco del 79, mejor que Jerez, 20 pesetas los 16 litros; botella, una peseta sin casco.
Moscatel, de 12 á 15 pesetas los 16 litros; botella, 0,75 y una peseta sin casco.

VINOS GENEROSOS DE TODAS CLASES

PARA LAS TIENDAS DE ULTRAMARINOS PRECIOS CONVENCIONALES

Se vende un aparato para destilar alcohol y anisar, sistema moderno, ofrece muchas ventajas y otro aparato completo de refrescos ingleses.

4-ISABEL LA CATOLICA-4

ALCALÁ, 5
ENTRESUELO

J. BELMAR

ENTRESUELO

GRAN SALON DE PELUQUERIA

Se afeita, corta y riz
el pelo.

Gabinete reservado
para teñir el pelo y la
barba.

Se confecciona
toda clase de postizos.

ALCALA, 5, ENTRESUELO

NOTA. En el mismo se expende la higiénica Agua vegetal del Arroyo, de resultados para devolver los cabellos blancos á su primitivo color, sin manchar lap y la ropa y de fácil aplicación.

Especialidad en pelucas y peinados.

PEÑA

Peluquero y perfumista, premiado en las Exposiciones de Zaragoza, Viena, Filadelfia, París y Madrid con la medalla de primera clase y socio de mérito del Fomento de las Artes, ofrece á usted su acreditado establecimiento, situado en el centro de la corte. Abada, 24, tien^a.

Se hacen pelucas de todas clases de nueva invención, para señoras y caballeros, á precios sumamente económicos, como igualmente añadidos, trenzas y rizos. En dicho establecimiento se encuentra toda clase de novedades en peinados de señora, como la de tantos pertenecientes al ramo de peluquería y perfumería, por ser una de las primeras casas en España de su clase. Se recibe toda clase de encargos, tanto de perfumería como de peluquería, y se remiten á provincias con la exactitud que tiene acreditada en los muchos años que lleva establecido.

PENAL-ABADA, 24, TIENDA

VINOS FINOS

LEGÍTIMOS DE VALDEPEÑAS EN TODA SU PUREZA

de las acreditadas bodegas del cosechero y propietario

SEBASTIAN BERMEJO Y FRAILE

Tintos.

Superiores para familias, arroba de 16 litros, 8 pesetas, botella sin casco, 0,40; ídem núm. 1, 9 pesetas arroba de 16 litros, botella sin casco, 0,45; ídem núm. 2, 10 pesetas arroba de 16 litros, botella sin casco, 0,50; ídem núm. 3, arroba de 16 litros 11 pesetas, botella sin casco, 0,60.

ESPECIALIDAD PARA ENFERMOS

Del año 1880, arroba de 16 litros, 20 pesetas, botella sin casco, una peseta; del ídem 1877, arroba de 16 litros, 30 pesetas, botella sin casco, 1,50.

Blancos.

Nuevo, arroba de 16 litros, 9 pesetas; botella sin casco, 0,45; bajo, arroba de 16 litros, 10 pesetas; botella sin casco, 0,50. IMPORTANTE Se sirven pedidos desde las bodegas de Valdepeñas, de 4 arrobas en adelante, por la intermisión de este depósito, pero á la consignación directa del peticionario, para su garantía.

SUCURSAL.—Cantina Valdepeñera, Montera, 10.—TELEFONO 989.

5 Y 17 CORREDERA BAJA DE SAN PABLO, 15 Y 17

¡CAZADORES!

Nuevo surtido en escopetas de todas clases, cartuchos vacíos de todas fábricas y cargados con pólvora del país, inglesa y alemana, armamento á propósito para guardas de campo, y toda clase de efectos de caza.

PRECIOS EN COMPETENCIA

CARRILLO

Calle de la Cruz 23.—Madrid

LA MINERVA

Litografía, almacén de papel y objetos de escritorio de Manuel Palomeque.

Un co-introducción de la legítima cerilla inglesa.

Venta al por mayor y menor de papel de las mejores fábricas nacionales y extranjeras, encuadernaciones de todas clases, libros rayados y en blanco, esquelas de funeral, partes de casamiento.

Tarjetas en litografía é impresas, circulares, membretes, facturas é impresiones de todas clases.

ÚTILES DE ESCRITORIO

Plumas, lápices, tinta, lacres, sobres de cartas. Estatuas de cartón, piedra y talladas en madera de todos tamaños y condiciones.

ROBIRALTA

Grabador

y fabricante de sellos de caucho

Preciados 22, Madrid

VICENTE RODRIGUEZ HERMANO

Almacenistas de huevos y jamones. No hay quien vende más barato. Se sirve á provincias. Plaza de Santo Domingo, 6. Teléfono 1198.

Bordadores, 3

D. GONZÁLEZ Especialista en las vias u lacrias y matriz. Montera,